

LA VIDA SANTA FERREÑA A FINES DEL SIGLO XVIII

por ALBERTO MIRAMON

El siglo XVIII —según estudioso autor de nuestros días— murió en la Colonia con agonía lenta, silenciosa y tranquila, “libre de complicaciones económicas, ajeno a problemas políticos y en medio de una atmósfera de quietud” que no disfrutó la centuria XIX, esos cien años extraordinarios cuyos albores, al decir de Vergara y Vergara, empezaron en 1780.

Joaquín Tamayo, en cambio, considera que el siglo XVIII se prolongó mucho más, ya que lo extiende hasta la tarde de Boyacá. “A mi juicio —dice— nuestro siglo XIX comienza en la noche de Boyacá. La caída del régimen español dio paso a los creadores de la nación colombiana.”

Empero, la transformación que operó el setecientos en la vida social y política del orbe, reflejóse pálidamente también en las costumbres de los pueblos latinoamericanos. En todos ellos atenuábase el carácter familiar, casi patriarcal que tenían hasta entonces, y las ciudades comienzan a representar en aquellos lejanísimos días de alborada de la conciencia continental la forma revolucionaria y novísima del vivir.

Mediante Dios y la paciencia del lector esperamos demostrarlo, escudriñando un poco en la vida santafereña de entonces.

Los escritos y papeles de la época serán siempre la mejor cantera a dónde ir a buscar los elementos para reconstruir en nuestra imaginación las costumbres, el ambiente y los puntos oscuros en la vida así pública como privada de la curiosísima sociedad santafereña durante las postrimerías del siglo XVIII.

Lo permanente, lo inmortal de las *Relaciones* de los virreyes y los *Diarios* de Vargas Jurado, Caballero y Francisco Javier Caro, no son los nombres propios que citan, sino las alusiones a las costumbres, modas y vicios.

Valiéndonos discretamente de ese estilo de fuentes intentaremos reconstruir aquellos remotos días.

* * *

La ciudad, a lo largo de toda la época colonial y de buena parte de la era republicana, aparecía como conjunto enmarañado de callejas sin fijeza en las líneas de las casas, de modo que unas se adelantaban a las otras y las esquinas más arbitrarias rompían la perspectiva, pese al bueno de don Francisco de Silvestre, quien en su *Descripción del Reyno* la pondera en estos ingenuos términos: “Tiene las mejores proporciones para ser una ciudad la más pulida y aseada; por que tiene aguas altas; está cituada en la pendiente de la cordillera de los Andes, junto a dos empinados cerros, nombrados Guadalupe y Monserrate, sus calles son tiradas a cordel y con dos pequeños ríos, que la atraviezan, sobre que tienen Puentes, en tres o cuatro partes, aunque que pudiera y debiera en muchas.”

¿Cómo era el vivir doméstico santafereño? Si curiosos por la vida interior de los criollos de aquellos remotos días, viene en gana usar el golpeador de cualquier honrada vivienda y colarse de rondón en la intimidad de la casa, prestándole las artes al Diablo Cojuelo, holgadamente puede moverse en ella y registrar hasta el rincón más escondido, pues, para nuestra fortuna, los costumbristas han legado abundantísimos documentos que son verdaderos cuadros del género sobre este interior doméstico.

Lo primero que llama la atención es la abundancia de cuadros religiosos. Pinturas pías exclusivamente decoraban aquellas casonas. La afirmación de Pacheco en su *Arte de la pintura* de que “el arte no tiene otra misión ni otros fines que traer a los hombres a la piedad y conducirlos a Dios”, gozó no solamente de dilatada autoridad entre los artistas de allende y aquende el Atlántico, sino que fue práctica corriente de la gente española que se inculcó sin dificultad en el corazón de los hijos del Nuevo Mundo.

A golpes de campana regulaba su vida el santafereño; en todas las moradas, así nobles como pecheras, la hora del alba señalaba el fin del descanso y la del ángelus indicaba el término de la brega diaria. Esta reglamentación cuasi monástica no debe sorprender si presente se tiene que los dominios de la fe eran entonces mucho más extensos que los de la moral; las prácticas

del culto, más generales y frecuentes que la sumisión disciplinada de la voluntad a las normas sublimes del decálogo. Veamos al respecto algunas fuentes:

Un pasaje del *Diario* de Francisco Javier Caro es la primera incontrovertible prueba: “Lunes 4 de agosto de 1783: dadas las once y tres cuartos nos retiramos Lemos, Morillejo y Yo para irnos a oír la Misa de doce pues aunque yo, gracias a Dios la oí esta mañana en Santo Domingo, no fue con intención de obligación de precepto, sino por devoción, y aunque el Repertorio o Almanak no expresa ser hoy día festivo, me ha dicho Morillejo que lo es: y por si *fortis incurristi*, bueno será oírla, para excusarnos de mis escrúpulos de fray Gargajo”.

De diaria ocurrencia era también el espectáculo poco edificante, aunque entonces universal, que el clásico Juan de Zabaleta dejó en estos brochazos: “Mirando y adorando a su dama asiste el galán a misa, y ella la asiste holgándose de que la mire y adore... En estas delincuentes atenciones gastan el amante y la amada el tiempo que están en la iglesia.”

Y, por último, tomamos una cita de Oviedo que es confirmación hasta la saciedad del aserto que arriba aventuramos: “No se niega —se lee en *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*— que haya algunos desórdenes, en especialidad de carnalidades, en la ciudad de Santafé, habiendo tanta gente plebeya ociosa, por lo abundante del país en orden al modo de pasar la vida; ni aun en los clérigos y religiosos se niega ni es de admirar que haya tal cual desarreglado y relajado.”

Ningún siglo ha visto como el décimooctavo la astucia sirviendo al amor. Véase, según Galdós, a los amantes arrostrando la ridiculez de situaciones muy raras para poder hablar con sus damas, y nada, ni aun la santidad de un lugar sagrado, contenía los galanteos. Empero, justo es también pensar que éste es sólo un lado de la medalla y que, a pesar del espíritu libertino del siglo, la verdadera piedad florecía también con discreto fulgor de violeta en las penumbras olorosas a incienso de los dieciséis conventos y las veintiocho iglesias con que por aquel remoto entonces cotaba la piadosa Santafé.

Así, por grandes que fueran los estragos de las pasiones, una fuerza superior prevalecía en el fondo de la conciencia, y esas irregularidades no se han de estimar sino en lo que valen.

Sigamos con el horario, detalle que sirve para comprender la vida de una población y familiarizarse con sus costumbres; en

primer lugar, es preciso tener en cuenta que la distribución del tiempo no se hacía como en la época actual. La apertura y el cierre de los establecimientos, por ejemplo, no eran homogéneos.

Por las rúas estrechas que los salientes aleros de los tejados de las casas hacían sombrías y húmedas, circulaba desde el toque de la mañana hasta el de la tarde abigarrada multitud.

Los personajes de ambos sexos discurrían generalmente a pie y sobre caballos o mulas, arrojando —envueltos en gruesas capas españolas y mantas de Castilla— las inclemencias de la intemperie, si bien se conocían y usaban dentro de la villa las sillas de mano.

En cuanto a los carruajes, la Colonia no conoció —si se exceptúan la carroza del arzobispo y la del virrey— otros que las carretas uncidas por bueyes o tiradas por parejas de percherones.

En las calles principales, el taller o la tienda ocupaban el entresuelo de los edificios; pero el mayor comercio se hacía en los portales de la plaza mayor y en las galerías. Las costumbres artesanas de la edad media de agrupaciones obreras, se prolongaban en nuestra Santafé con los llamados gremios, que, aposentándose desde la fundación de la ciudad en determinados sectores urbanos, dieron origen al nombre de algunas calles; existían así por eso la calle de los Plateros, de las Ferrerías, del Comercio, de los Enfardeladores, etc.

Esas tiendas y comercios con sus respectivos anuncios y muestrarios llamativos, daban a los portales y zaguanes de las casas el aspecto de boca escénica de un teatro de aldea y constituían la decoración urbana de Santafé. Pero había, además, la decoración movible y pintoresca formada por las gentes que en todas direcciones cruzaban las rúas.

¡Qué interesante motivo de observación presentaban los transeúntes! Entonces los trajes eran singularísimos. ¿Quién podría describir hoy los complicados indumentos de damas y caballeros? ¿Quién bosquejar siquiera la silueta de aquellos hombres de peluquín, puntiagudos faldones de casaca, chambergo y espada, o las señoras de ricas baquiñas, grandes mantones, descote puntiagudo, mangas de jamón y polleras almidonadas que con impertinente *frufnú* marcaban el paso de sus dueñas?...

Los gremios exhibían allí también sus más característicos individuos, siendo el más numeroso y llamativo, por razones de higiene, el de los mendicantes.

Santafé, igual que Lima y México, realizó a través de la Co-

lonia la curiosa experiencia del vivir picaresco que a la tapada se deslizó hasta estos reinos con más de un frustrado cursante de Salamanca y no pocos hidalgos de gotera que, cabe San Bartolo⁴ mé o el Real Mayor del Rosario, raizaron y fructecieron en lanes de rompe y rasga o empresas de truhanería al abrigo de las becas estudiantiles. Entre el montón callejero, las curiosas vestimentas de los alumnos de los mentados colegios eran notas singularísimas y típicas de colorido y sabor en el complemento del cuadro.

*
* *

Mientras nos hemos detenido en las anteriores descripciones la hora del yantar ha llegado en la villa, y en tanto que los infelices se encaminan en busca de la sopa boba a la puerta de los conventos, sigamos nosotros al santafereño medio a su mesa.

Las comidas eran frecuentes, aunque —según don José Alejandro Bermúdez— las horas fueron variando de tal suerte que es difícil precisarlas. Empero, convienen los autores en colocar el primer yantar de la mañana a eso de las ocho; a las once se tomaba alguna cosilla; a las dos se servía la comida principal, a las cinco la merienda, y al filo de las diez la cena, que solía ser abundante.

Si husmeamos las ollas y fisgamos en las mesas, nos informamos de que la base de la alimentación la componían el maíz, la yuca, la arracacha, las papas y el arroz con algunas legumbres. Carnes las había de res, cordero, gallina los días solemnes, y, sobre todo, cerdo. Por dulces se servía, a más de la confitura monjil, el melado de panela con cuajada de leche, “y para suplir la falta del vino se usaba la chicha aun entre familias principales”.

Goloso, más que glotón, fue siempre el santafereño, y válganos para este paso nadie menos que el propio cronista don José María Caballero, quien entre candoroso y epicúreo estampó lo siguiente:

“A 24 saqué la carne que eché a curar en miel el día 18 de septiembre próximo pasado, que duró tres meses y seis días, y salió tan buena cecina, que dio gusto y la puse a secar al sol.

.....
“18, jueves. Se mató una gallina en mi casa, que caminaba arrastrando la barriga, muy gorda. Yo habiéndola registrado le conocí que tenía un bulto extraordinario y así la mandé matar.

Abierta que fue se le encontró una como par, pero era la madre, según se reconoció, pero tan grande como la cabeza de un corde-rito de barriga, y de la misma figura. Se rompió la dicha tela y se descubrió un huevo sin cáscara que pesó una libra y dos onzas. Mandé componer dicho huevo para el día siguiente por la mañana; lo hicieron *pericos*, que llaman, y se llenó la cazuela bastante grande, pues almorzamos de ellos cinco personas y sobró algo más de la mitad para el medio día, que alcanzó para muchas más. Lo que hay de notar de particular era el gusto no era a huevo sino como de quisito fresco y así *rejudo*; de suerte que a un sujeto que se convidó a comer no pudo distinguir qué cosa era, aunque al gusto le sabía muy bien. El conocía que era huevo, pero el gusto se lo desmentía, hasta que se le descubrió lo que verdaderamente era.”

No obstante lo dicho, Pantagruel tuvo en Santafé algunos notables discípulos. De cuantos cuyos nombres ha recogido la crónica, ninguno, a nuestro parecer, fue empero tan notable como el regidor del cabildo don Lucas Mendigaña, de quien Caballero nos brinda la siguiente silueta: “Este don Lucas de Mendigaña era extraño en comer; su almuerzo ordinario era medio cordero, cuatro tortas, dos docenas de huevos, un jarrón de chocolate, media libra de mantequilla, una cazuela de sopa con carne frita, y por postre guiso de pollo. Según el almuerzo se puede figurar cuál sería la comida y la cena, pero en todo era con igual abundancia. Lo bueno era que era bastante rico.”

* * *

Abandonemos la casa y salgamos de nuevo a la vida pública. ¿Por qué no aprovechar la ocasión para echar un vistazo a las oficinas y dependencias administrativas en la capital de virreinato?

Las oficinas de la secretaría general del virreinato, dependencia la más importante, eran unos locales incómodos y sucios con frente a la plaza principal; bajos, húmedos y nauseabundos, bien podían competir con las famosas covachuelas madrileñas que tantos improperios merecieron antaño de cronistas castizos y viajeros curiosos.

A la dotación deplorable uníase la organización defectuosa del trabajo; por otra parte, la escasez e incumplimiento de los empleados entorpecía la tramitación de los negocios. Entre los

numerosos defectos de aquellos locales se contaba, además, el ser excesivamente estrechos, irregulares, bajos, casi subterráneos.

A límite tal llegaban las cosas, que es raro el virrey saliente que no notifique a su sucesor acerca del mal estado de aquel importantísimo despacho.

Y ya que por los propios representantes del rey se puede formar y sentir materializados los lugares del Santafé oficinesco, observemos a través del diario secreto de un malicioso y socarrón empleado la atmósfera espiritual, el cuadro vivo de las costumbres burocráticas de las secretarías de Indias:

Sábado 9 de agosto de 1783:

“Todos los días que Dios amanece, se arregla la secretaría, y nunca llega el día de este arreglo; porque el secretario no tiene tal gana: Días pasados me dixo: que respecto al mucho trabajo que se iba recreciendo, pensaba traer media docena de sargentos a secretarios para que ayudasen al despacho. Yo le respondí que eso no me parecía decoroso; y con esto se fue medio refunfuñando.

“El secretario despunta por esto de la tropa: no le agradan las cosas si no están hechas a lo marcial o por algún militar: su deseo no es otro sino que todos los nacidos y por nacer se hagan milites. A mí, habrá cosa de unos tres meses me quiso meter por pariente, para que admitiese el empleo de teniente de milicias de infantería: Yo le dixe que ni por pienso; y desde entonces estamos de malas. Estó parece cosa de Entremés.

... ..
“A las dos y cuarto de la tarde, abrí la secretaría y me puse a trabajar en gracia de Dios.

“A las tres entró Lemos, y hizo lo mismo.

“A las tres y media entró Morillejo, e hizo lo propio.

“A las cuatro entró Zabarrain: largó la capa y vino a mi mesa a mostrarme una muela agugereada, que según dixo le sacaron ayer tarde. Con este motivo, empezó a charlar que se quitaba la cáscara: me mortificó un poco, porque él quería conversación, y a mí me perturbaba con ella. Como vio que no le di crédito, ni hice caso de su prolixa narración muelar-mueluna, y, mular-mulana, fue a pegarla con Morillejo y Lemos. Allí les repitió la misma cantinela que a mí: hasta que los molió y se cansó. Luego se fue a sentar en su mesa desde la que no me pierde pestañada, retratándose las acciones, pues está enfrentito de mí. Desde luego es menester valor para hacer lo que él hace: y a mí me parece

que Yo no lo tubiera de venir a la hora que el ha venido porque se está viniendo a los ojos, que no lo hace con otro fin, que el de pasar y desperdiciar el tiempo; y venirlo a quitar a los que procuran aprovecharlo. Y si no es esto, para no hacer nada, más vale no venir.

“A las cuatro y media me entregó Torres un pliego que trajeron para S. Exa. de la dirección general de rentas.

“Dadas las cinco se fueron juntos Lemos y Morillejo, Zabarrain se está haciendo rehacio, porque es muy amigo de besarle el c... a la Novia. Yo me quiero ir que ya es hora; pero antes voy (si Dios me da licencia) a guardar este Diario, cerrando después la secretaría y llevándome la llave en la faltriquera.

“Al tiempo de cerrar la puerta reparé que Zabarrain se guardó en las suyas unos papeles que tomó de su mesa, ignoro los que serían.”

*

* *

No se ha examinado aún la absoluta sociedad santafereña en todas sus fases. Las altas regiones del gobierno colonial están todavía intactas para nosotros; pero ahora toca hacer excursión a esos elevados lugares.

¿Qué vida se hacía en el palacio virreinal? Pues en verdad que es difícil saberlo, por la casi ninguna documentación que sobre el particular ha quedado.

Fuéra de las instrucciones reales sobre el modo y manera como el virrey saliente debía de dejar puestas la casa y mesa de su sucesor, y de los inventarios de la subasta de los muebles del palacio virreinal, levantado a comienzos del siglo pasado, nada más se ofrece para saciar la curiosidad del investigador.

El prejuicio de casta, el orgullo despectivo del hispano contra el criollo, más que la rancia etiqueta castellana, siempre levantó muros insalvables para la curiosidad del santafereño por lo que hace a la manera como discurría la vida en casa de los representantes del rey.

Quienes hacían las veces del monarca en Indias, según es fácil verificar aquí lo mismo que en México o Lima, apenas si se dignaban misericordiosos conceder, en contadas y protocolarias ocasiones, la gracia de su presencia en público. Cual consigna, casi todos guardaron el especial prurito de no franquear los umbrales de su morada a las gentes que les había tocado en suerte

gobernar. Todas las relaciones relativas a los virreyes carecen por completo de detalles íntimos, de sabor humano y abundan por el contrario en abstractas consideraciones de orden más político que histórico, sin que, desde luego, abunde en ellas ningún cálido rasgo biográfico.

Semejante imperio aislacionista a la postre llevó a su señoría al grave error de ignorar por completo la índole y característica del mundo en que vivían y a administrar las colonias según las exigencias de la política de la metrópoli que no por sus propias necesidades.

Las fiestas en Santafé iban ligadas, para así decirlo, a las festividades de la Iglesia y a las efemérides de la monarquía española, según que fuesen éstas de carácter religioso o profano, ora para conmemorar un feliz acontecimiento en el seno de la familia real, ya para recordar la fecha de un santo patrono. Procesiones y corridas de toros, hé ahí los carriles del regocijo popular santafereño, las casi exclusivas ocasiones de festividades públicas.

El recreo diario del ciudadano colonial solía ser pasearse y tomar el aire a campo abierto.

En 1804, a 25 de septiembre, “se publicó un bando de buen gobierno mandando se barriesen las calles todos los sábados y se pusiesen faroles en todas las puertas de pulperías y chicherías”. Este suceso, así registrado por el cronista Caballero, señala el comienzo de la agonía del siglo XVIII en Santafé.

La colonia toca a su término; esos modestos faroles harán desaparecer para siempre, con su tímido alumbrar, los trasgos y fantasmas que hincharon la crónica espeluznante y milagrera de la ciudad devota. Ya no volverá *El espeluco de Las Nieves* a orillarse para terror de trasnochadores en los sombríos portones, ni *La mula herrada* dejará oír su galopar escalofriante por las rúas limpias y recién barridas de la ciudad.

Por el contrario, la mortecina luz de los flamantes faroles se verá ahora agruparse a la inquieta muchachada para leer y anotar los libros prohibidos con notable economía de velones, para sus humildes mesadas, y el fuego de aquellos trémulos mechones prenderían en no lejano día la llama inextinguible de la rebeldía.

Recrea la imaginación y eleva el ánimo evocar a rosaristas y bartolinos de entonces, a Caldas y Nariño, a Pedro Fermín de Vargas y Francisco Antonio Zea y a muchos otros anónimos sembradores de nuestra rendición política, discutiendo cautelosamen-

te cabe los mortecinos faroles, sin que se les diera un ardite la gélida brisa del páramo, sobre el destino del hombre y su derecho a la libertad.

Pero también ese espectáculo tenía término con el toque de queda. Cesaban entonces todas las manifestaciones aparentes de la vida, se deshacían los grupos, buscaba cada cual el abrigo de su morada, mas la semilla estaba y en el surco y presto germinaría soberbiamente.

Al tibio resplandor de los mechones santaferreños iba a crecer una generación que, por no adaptarse a las costumbres del siglo, rompería los moldes para inaugurar las de una nueva centuria. Y de la lucha del genio del pasado contra el espíritu del porvenir, había de nacer la pléyade fecunda de los precursores y alborear la libertad.